

Introducción. Los pequeños productores agrícolas en México

Alejandro Macías Macías

Centro Universitario del Sur (CUCSur), Universidad de Guadalajara

Desde la crisis macroeconómica de 1982 y el ajuste estructural de ella derivado, la agricultura de México ha sufrido un profundo proceso de ajuste encaminado a privilegiar la capitalización del campo a través de empresas agroindustriales capaces de competir en los mercados nacional e internacional. A través de ello se pretende que la agricultura del país esté acorde con el paradigma competitivo imperante a nivel mundial.

El contexto anterior resulta cada vez más desfavorable para la agricultura en pequeña escala y los actores en ella involucrados, pues el modelo dominante tiende a la concentración de los recursos productivos y al desplazamiento de los sectores menos favorecidos. Ante tal situación, los pequeños productores de las distintas regiones de México se han visto obligados a instrumentar estrategias diversas y heterogéneas, que van desde su adaptación e incorporación a la agricultura industrial competitiva hasta su abierta resistencia a la misma y la conservación de sus prácticas tradicionales; entre estos extremos, se intensifican procesos de diversificación económica tanto en los territorios rurales como en las familias de agricultores; de igual manera, se impulsan nuevos modelos de híbridos de producción, alternativos al hegemónico.

El presente número monográfico de la *Carta Económica Regional* fue pensado para discutir las distintas maneras como los pequeños productores se sostienen en la agricultura a pesar de que las circunstancias pronostican su desaparición. Tal idea surge del proyecto de investigación “Los pequeños productores en la agricultura y la alimentación. La experiencia desde tres regiones agrícolas en México”, apoyado por el Fondo Institucional de Fomento Regional para el Desarrollo Científico, Tecnológico y de Innovación (Fordecyt) del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) (registro número 117161). Dicho proyecto fue desarrollado por la Universidad de Guadalajara a través del Centro Universitario del Sur, la Universidad Autónoma de Chiapas y la Universidad Autónoma de Nayarit.

El objetivo de este proyecto fue “analizar las estrategias con que los pequeños productores agrícolas responden a los cambios recientes en el sistema agroalimentario global y a las políticas del Estado, identificando sus condiciones de fortaleza y vulnerabilidad, para contribuir en el diseño de políticas públicas que potencien su contribución en la dinamización de la agricultura nacional”.

¿Campesinos o pequeños productores agrícolas?

Tradicionalmente la agricultura en pequeña escala se ha identificado con el concepto de campesino, a quien se señala como el productor rural inserto en una cultura tradicional. Según Redfiel (1956) el campesino (*peasant*) tiene control sobre la tierra, lo cual le permite mantener un modo

de vida tradicional en el que la agricultura desempeña un papel fundamental. Además, su economía se sustenta en el trabajo del productor y su familia, por lo que prácticamente no involucra trabajo asalariado, de manera que es poco factible determinar la retribución de los factores de la producción (capital, trabajo y tierra) y su utilidad mercantil.¹

El concepto de campesino se encuentra cargado de múltiples elementos sociopolíticos, lo que lo ha hecho sujeto de diversas polémicas, iniciando con aquella que lo considera incompatible con los valores y las prácticas capitalistas (Popkin, 1979: 7-8).² Con base en ello, en México se desarrolló durante la década de los setenta un intenso debate, iniciado en Rusia a principios del siglo XX, respecto de si el desarrollo del capitalismo provocaría o no la desaparición del campesinado. Mientras que los llamados *campesinistas* sostenían que los campesinos, basados en ciertos mecanismos culturales, habían generado formas de adaptación al sistema capitalista para mantener el control sobre la tierra, además de cierto grado de control sobre su fuerza de trabajo y determinadas ventajas en su forma de producción en el contexto de explotación capitalista (Warman, 1985), los *descampesinistas* sostenían que los campesinos estaban desapareciendo como clase al transformarse paulatinamente en trabajadores asalariados (proletarios) o en agricultores familiares capitalizados, cuando lograban acceder a mayores recursos (Bartra, 1975).

Este debate ha menguado con el paso de los años, sobre todo a raíz de que se profundizó el fenómeno de la globalización económica y dio lugar a modelos mucho más orientados a fortalecer la economía de mercado, con menor participación del Estado. Así, en la actualidad parece haber consenso en que el campesino tradicional, alejado del mercado, ya sólo representa una categoría entre muchas otras que se han ido construyendo en la agricultura; de hecho, desde 1982 la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) ya hablaba de por lo menos cuatro categorías de campesinos: de infrasubsistencia, de subsistencia, estacionario y con producción de superávit, estos últimos en vías de poder convertirse en agroempresarios (Otero, 2004: 95).

Por la carga política que tiene el concepto de campesino y por los cambios estructurales que ha tenido la economía mundial en las décadas más recientes, hoy muchos prefieren hablar de pequeño productor agrícola en lugar de campesino y utilizar conceptos tales como agricultura en pequeña escala o agricultura familiar. Con ello se pretende señalar que el campesino, como grupo con identidad de clase, está en vías de desaparecer y lo que hoy se ve es una diversidad de pequeños productores que de una forma u otra se integran a la economía de mercado.

Tal discusión supera los alcances de este trabajo, por ahora lo que se pretende construir es una definición de pequeño productor que sea más o menos aceptada y pueda ser manejada en una tipología de los actores en el campo. No obstante, tal empresa resulta complicada por la ambigüedad del concepto de pequeño productor. Por principio de cuentas, algunas personas han tratado de hacer cuantificable este concepto, definiéndolo en términos de superficie; sin embargo, este criterio se torna polémico al considerar los muchos contextos geográficos y sociales en los que se desenvuelve la agricultura en el mundo, así como los distintos cultivos y la tecnología empleada. Así, mientras que en México un productor con 50 hectáreas no puede considerarse pequeño, en Sudamérica sí lo es; igualmente, no es lo mismo tener una parcela de cinco hectáreas sin riego en un valle que una de esas mismas cinco hectáreas con invernadero o riego en las montañas.

Existen otras propuestas que intentan definir a los pequeños productores en términos de: a) el empleo exclusivo, o por lo menos mayoritario, de mano de obra familiar; b) su limitada disponibilidad de recursos para capitalizar la unidad productiva (Tsakoumagkos, 2008: 4); c) su aislamiento de los mercados (Yúnez-Naude y Rojas, 2002: 208); d) su sistema de producción bastante simple, así como su limitada capacidad de mercadeo, de mantenimiento de registros, de comunicación y de almacenamiento y procesamiento (Aragón, 2010), y e) que mantienen una posición subordinada tanto en el plano socioproductivo como en el económico-político, lo que provoca que la acumulación de capital sea muy puntual y no pueda ser sostenida en el tiempo (Cáceres, 2003). Finalmente, se encuentra la caracterización de Vorley (2002: 9-11), quien ha propuesto identificar a los pequeños productores con lo que llama el segundo mundo rural, es decir, aquellos que si bien tienen acceso a la tierra y control de ella, realizan una agricultura familiar poco capitalizada, cuya producción es orientada a los mercados locales, a los que generalmente acceden en términos de intercambio desfavorable.³

Desde nuestra perspectiva, pueden derivarse de las definiciones anteriores rasgos generales, aunque no exclusivos, de los pequeños productores, tales como la utilización mayoritaria de mano de obra familiar, el acceso limitado a recursos productivos, la dependencia de otros actores para la compra de insumos, la organización de la producción y la venta de sus productos. A ello habría que agregar que la actividad productiva de estos actores sociales responde no sólo a objetivos relacionados con la rentabilidad económica, sino también con aspectos socioculturales y de relación con el entorno. Finalmente, resulta fundamental dejar claro que los pequeños productores agrícolas de hoy se caracterizan por su enorme heterogeneidad, multidimensionalidad y dinamismo, así como por las diversas y en ocasiones novedosas formas de adscripción, identidad y relación con el mercado.

En este marco, la globalización económica y la irrupción de modelos de corte neoliberal han dado origen a diversos fenómenos que repercuten considerablemente en la vida de los pequeños productores y de los habitantes de las comunidades rurales. Entre tales fenómenos se encuentran: a) el incremento de las actividades no agrícolas en el campo; b) la pluriactividad del empleo en las familias y la multifuncionalidad de la agricultura; c) la migración temporal de habitantes rurales a zonas urbanas y viceversa; d) estructuras productivas agrícolas con mayores rasgos industriales; e) proletarización de la mano de obra agrícola. Todos estos fenómenos hoy hacen que la vida rural sea distinta y mucho más compleja de como era hace tres o cuatro décadas (Carton de Grammont, 2008: 34), máxime cuando la mayoría de sus habitantes se enfrentan a un sistema alimentario globalizado altamente discriminatorio y poco favorable para su sobrevivencia; por ello, el debate actual ya no debe girar en torno a si persistirán o no los campesinos, sino más bien a si la producción en pequeña escala no subsistirá en la agricultura moderna, de manera que irá desapareciendo, o si el capitalismo de mercado deja espacios sociales para que existan y se desarrollen otras formas de actuar y producir no típicamente capitalistas (Ferrer, 2004; De Souza, 2002).

Globalización económica y pequeños productores

Aunque la respuesta a la pregunta presentada en el último párrafo del apartado anterior sigue siendo objeto de debate, un aspecto es innegable: la agricultura en pequeña escala es fundamental para la producción de alimentos, pues genera entre 50 y 75 % de su oferta mundial, según la fuente que se consulte.⁴ Sin embargo, este tipo de agricultura y sus actores enfrentan un entorno altamente desfavorable, proclive al agronegocio transnacionalizado.

Este modelo se origina en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX, cuando los avances tecnológicos y las políticas de subsidios a la agricultura permitieron que Estados Unidos y algunos países europeos incrementaran considerablemente su capacidad de producción y distribución de alimentos (Roberts, 2009: 60-62), cuyos excedentes se comenzaron a exportar. Aunque al principio este esquema obedecía a intereses fundamentalmente geopolíticos (Rubio, 2008: 32; Friedmann y McMichael, 1989), con el tiempo permitió el fortalecimiento de grandes agronegocios transnacionales, que adquirieron mayor poder económico y político. Es así que desde entonces las políticas de apoyo al sistema agroalimentario mundial han estado orientadas principalmente a fortalecer la agricultura capitalista a gran escala con el supuesto de que sus economías de escala ofrecerán mejores soluciones a las necesidades de la humanidad.

La principal función del modelo agroindustrial hegemónico no es tanto la obtención de alimentos, sino la producción de materias primas que sirvan para elaborar “mercancías alimentarias” (McMichael, 1994). Con ello, la razón de ser de los agronegocios es maximizar la utilidad mercantil mediante la incorporación de principios importados de la economía industrial tales como uniformidad, racionalidad, especialización e intensificación de los procesos productivos, además de la adopción de valores como productividad, competitividad, calidad e innovación. Con estos principios y valores se busca producir mercancías “atractivas” a los ojos de los consumidores, dejando en segundo término elementos como la soberanía y seguridad alimentaria, los aspectos nutricionales y el respeto al medio ambiente y las culturas locales.

Las cadenas agroalimentarias globalizadas son dirigidas por grupos transnacionales localizados a lo largo de toda la cadena productiva, que abarcan desde la provisión de insumos y maquinaria hasta la industrialización de los alimentos y su distribución y comercialización. Tales grupos intentan controlar los segmentos más lucrativos de las cadenas e imponen a los demás actores productos, tecnologías y formas de producción que les reporten beneficios. Así, del lado de la producción, pocas grandes empresas controlan el desarrollo biotecnológico por medio de patentes de semillas y plantas, así como su entrelazamiento con la industria de insumos agroquímicos.

Por otra parte, en cuanto a la comercialización, grandes cadenas de supermercados y comida rápida deciden cuándo, cómo y dónde producir los alimentos que comercializarán buscando tener una oferta de calidad, diversificada durante todo el año y a precios bajos. Así, utilizando su creciente poder de negociación, adquirido por estar en contacto directo con el consumidor, tienen la capacidad de transmitir sus decisiones a lo largo de la cadena de producción hasta los agricultores, a quienes exigen costos bajos de producción sin que ello perjudique la calidad de los productos, la

provisión de grandes volúmenes de ellos para disminuir el costo unitario, así como el cumplimiento de estrictas normas sanitarias y de diversidad de oferta, pero homogeneidad del producto.

Ante tales exigencias, los agricultores se ven obligados a realizar una serie de maniobras para seguir en el mercado, como administrar sus unidades de producción con métodos industriales, incorporando avances tecnológicos cuando así les conviene; buscar hacerse de los suelos más productivos en distintas regiones; intensificar el uso de estos recursos territoriales, sean naturales o humanos, llegando incluso a sobreexplotarlos, etcétera.

Tales requerimientos generalmente sólo pueden ser cumplidos por grandes agricultores con solvencia financiera y acceso a las mejores tierras, lo que les permite estar conectados a la economía alimentaria global, acceder al financiamiento público y privado, adaptar a sus explotaciones los adelantos tecnológicos, así como sostener relaciones constantes y menos asimétricas con las agroindustrias y los minoristas.

En cambio, a los productores poco capitalizados, con una agricultura familiar, orientada principalmente a los mercados locales, la situación se les presenta cuesta arriba, pues aunque muchos de ellos al principio logran involucrarse en la dinámica agroindustrial, las condiciones desfavorables en que lo hacen (escaso respaldo financiero y de relaciones sociales para responder a situaciones adversas; poca incorporación de tecnología en sus predios; condiciones asimétricas en sus relaciones con los otros eslabones de la cadena, etc.) los vuelve altamente vulnerables, de manera que en su mayoría terminan siendo desplazados de su actividad.

Los pequeños productores en la agricultura de México

En México, el modelo agroindustrial se intensificó en la década de los ochenta con una visión en la cual el minifundio representaba un freno importante a la capitalización del campo y su competitividad. Por entonces más de cinco millones de ejidatarios, comuneros y pequeños propietarios controlaban el 90 % del territorio mexicano (Salinas de Gortari, 2000), además de que el 29 % de los mexicanos vivían en zonas rurales (INEGI, 1980) pero sólo contribuían con el 6.1 % del producto interno bruto (PIB) nacional (INEGI-BIE).

Desde la percepción gubernamental, el gran responsable de las cifras anteriores era el minifundio, por lo que urgía realizar cambios. El presidente Carlos Salinas de Gortari lo justificaba así:

Para el último tercio del siglo XX, el minifundio se había convertido en una pesadilla para los propios campesinos: más de la mitad de las familias no tenían más de tres hectáreas de temporal para sostenerse; otras no poseían ni siquiera una hectárea, apenas unos cuantos surcos. En casi dos terceras partes de la superficie temporal se sembraba maíz, pero la mitad no generaba excedentes para vender al mercado, pues el rendimiento por hectárea no llegaba ni a una tonelada; en esas condiciones, lo sembrado sólo alcanzaba para el autoconsumo. La situación era desastrosa (Salinas de Gortari, 2000).

Si bien era evidente que ante tal panorama debían realizarse modificaciones, la pregunta era de qué tipo deberían ser. Al respecto, las percepciones se dividían entre quienes acusaban al campesino y el minifundio de la crisis y aquellos que señalaban que no eran los campesinos sino la estructura donde estaban ubicados y la política de desarrollo, que privilegiaba a otros actores, lo que los hacía improductivos (Martínez, 1991: 348).

Incluso, con motivo de la discusión sobre la reforma del ejido, en 1992, en la propia jerarquía gubernamental había posiciones encontradas entre quienes, como Arturo Warman y Gustavo Gordillo, defendían la propuesta de reformar al ejido para que no muriera y no fuera un mero instrumento de control político, sino un vehículo para la expresión autónoma y democrática de las necesidades campesinas (Cornelius y Myhre, 1998: 4-5) y aquellos tecnócratas neoliberales, como el subsecretario de Agricultura, Luis Téllez, que veían al ejido y su falta de definición clara sobre los derechos de propiedad como una institución no compatible con la economía global y la competencia en el libre mercado al que México estaba entrando (Téllez, 1991). Ellos, además, consideraban necesario reducir la población en el campo, especialmente entre los productores de maíz en pequeña escala, para que se equilibrara con la contribución de la agricultura a la producción nacional. Téllez pronosticaba entonces que la reforma propiciaría una disminución de la población rural de 10 % al cabo de diez años (Cornelius y Myhre, 1998: 6).

Las reformas estructurales llevadas a cabo desde 1991 han estado lejos de modificar las cifras anteriores y, por consiguiente, de resolver los problemas de la agricultura mexicana. En primer lugar, si bien ha descendido la población en áreas rurales, esto no ha sido como se pronosticaba, pues se redujo de 28.7 % del total que vivía en poblaciones menores a 2,500 habitantes en 1990 (INEGI, 1990) a 23.2 % en 2010 (INEGI, 2010). En el caso de población empleada en la agricultura, disminuyó de 17.5 % en 2000 a 13.5 % en 2010 (INEGI-BIE).

Por otro lado, la contribución del sector agropecuario al PIB ha descendido de 6.1 % en 1989 a 3.3 % en 2012 (INEGI-BIE). Es decir, tuvo un descenso muy superior al observado en la población. Esto ha provocado que el PIB agropecuario per cápita sólo haya aumentado en 0.67 % promedio anual de 1993 a 2010, cuando el PIB per cápita lo hizo en 1.1 %.

Finalmente, el tan señalado combate al minifundismo de ninguna manera se ha logrado como lo pronosticaban los artífices de la reforma; por el contrario, aunque efectivamente existe la tendencia a la concentración de la tierra y los recursos más productivos en grandes explotaciones dedicadas a los cultivos más competitivos, también es evidente que las explotaciones pequeñas no han disminuido, sino que incluso continúan aumentando. Según el Censo Agrícola, Ganadero y Forestal de 2007, las unidades de producción con actividad agropecuaria o forestal sumaron 4.07 millones, de las que el 72.6 % tienen menos de cinco hectáreas; ello contrasta con las cifras de 1991, cuando eran 3.8 millones de unidades de producción, y el 66.3 % tenía menos de cinco hectáreas (INEGI, 1992). Cabe señalar que las unidades con más de 20 hectáreas se han mantenido con una participación de alrededor del 5 %.

Aun así, existe en el campo mexicano una gran asimetría en el acceso a los recursos, pues sólo el 17.7 % de las unidades de producción con actividad agrícola tienen riego y apenas el 2 % utilizan riego por aspersión o por goteo; y aunque el 43.9 % utiliza tractor, el 99.6 % lo renta (INEGI, 2008).

Finalmente, sólo 226 unidades llevan a cabo actividades de exportación, es decir, una de cada veinte mil unidades.

En contrapartida, el nivel de dependencia de insumos externos en la agricultura nacional se ha vuelto muy elevado, sin importar si son pequeños o grandes productores. Esto trae consigo una creciente vulnerabilidad principalmente de los pequeños productores, los territorios rurales y el medio ambiente. Así, el 84.5 % de las unidades utilizan fertilizantes químicos, el 43.1 % herbicidas químicos y el 27.1 % insecticidas químicos; además, el 24.7 % de las unidades agrícolas usan semillas mejoradas (INEGI, 2008).

El resultado de la concentración de los recursos productivos en unos pocos grandes agricultores y la subsistencia de una gran cantidad de minifundios es la incosteabilidad de la agricultura para la mayor parte de la población rural, con la consecuente proletarianización de los campesinos y el abandono de la agricultura por grandes segmentos de población, principalmente de las nuevas generaciones. Sin embargo, puesto que no todos los campesinos encuentran empleo en otros sectores de la economía, el desempleo y la pauperización de los niveles de vida son hoy fenómenos recurrentes en el mundo rural.

¿Cómo es posible que ante condiciones tan adversas la agricultura en pequeña escala no sólo no ha desaparecido, sino que incluso crece su participación en el universo de unidades de producción? La respuesta se encuentra en la habilidad de los pequeños productores para combinar diversas y muy heterogéneas acciones para responder a los retos que les plantea el escenario económico y agrícola. Estas acciones van desde la abierta resistencia al modelo hegemónico hasta la adaptación al mismo y el intento de incorporarse a la producción de estos cultivos impulsados por las empresas transnacionales y el Estado.

El número monográfico sobre estrategias de los pequeños productores para subsistir en un entorno desfavorable

Los tres artículos que componen el presente número monográfico son evidencia de cómo los pequeños productores responden a los retos y las adversidades que las condiciones actuales les generan, así como a las oportunidades que han encontrado en ellas.

Por principio de cuentas, en el artículo titulado “Estado, infraestructura sociotécnica y poder. La inserción de la sanidad en las cadenas agroindustriales de mango en Chiapas”, Héctor Fletes utiliza el estudio de caso del auge productivo y exportador de mango en el Corredor Costero de ese estado para analizar las representaciones, instituciones, dinámicas de diferenciación, relaciones de poder y procesos de inclusión-exclusión entre los actores involucrados en esta cadena agroindustrial. En particular, estudia la regulación de sanidad desde mediados de la década de los noventa y muestra cómo la capacidad de agencia, las prácticas y redes de relaciones de los agricultores conducen a la diferenciación en los patrones con que se adopta, reformula y construye la globalización agroalimentaria en los lugares.

Fletes establece que ni antes de la década de los ochenta la participación del Estado fue tan gene-

realizada como se cree, ni posteriormente con la incorporación del discurso neoliberal se puede hablar de su desaparición; por el contrario, se observa la actuación de una serie de agencias que participan en la mediación, producción y reproducción de relaciones de poder entre grupos sociales y de agricultores. En todo caso, lo que sí es un hecho es que antes y después de los años ochenta los agricultores en pequeña escala y sus diversas agriculturas y conocimientos han sido excluidos. Como respuesta:

... los agricultores adaptan, se acomodan, retan y reconfiguran los nuevos discursos, estableciendo alianzas con otros actores políticos y con agricultores que comparten una cierta “identidad” campesina, en el sentido de retar lo que conciben como acciones excluyentes. Ellos luchan no sólo a favor del reconocimiento de los valores, prácticas y significados escondidos por los discursos dominantes, sino en contra del ejercicio de poder disfrazado de competitividad y sanidad.

En el artículo “Los pequeños productores de Ruiz, Nayarit, en el sistema agroalimentario: cambios y resistencias”, Olivia Garrafa, Jesús Madera, Karla Rivera y Maribel Real señalan que, ante la crisis del sistema agroalimentario mundial, “los pequeños campesinos son los únicos que podrán restablecer la pérdida autosuficiencia alimentaria” porque su visión va más allá de un cálculo especulativo en la producción agrícola.

Pero el propio sistema agroalimentario ha puesto contra la pared a los agricultores grandes y pequeños, los cuales, no obstante, buscan maneras de subsistir. Bien dicen los autores, “el mayor acto de resistencia del pequeño productor es existir”.

Con base en lo anterior, Garrafa y coautores dan cuenta de cómo los pequeños productores de Ruiz, Nayarit, han entablado una serie de estrategias individuales y colectivas –de organización– que les permiten seguir activos en la agricultura, ya sea adaptándose a las orientaciones de las agroempresas y de la política pública, negociando o transformando los términos de dichas propuestas.

En el plano productivo, los autores establecen que los pequeños productores del municipio estudiado han sabido moverse por una diversidad de cultivos identificados ya sea a partir de sus propias inquietudes o de lo que las instituciones del sector les condicionan, pero que les supone oportunidades; en todo caso, lo importante es que toman sus decisiones en función de las demandas del mercado, pero también de los saberes acumulados a través de la experiencia, en una clara apuesta a “no poner todos los huevos en una misma canasta”. Así como estos productores siembran café aunque no es rentable, pero les genera cierta liquidez, también han plantado pasto porque les produce mejores beneficios el ganado que los cultivos tradicionales; igualmente, instalan una procesadora de piña porque hoy la ven como una opción para sostener el precio de esta fruta en fresco, además de que genera empleo y oportunidades de capacitación, y también logran el permiso gubernamental de plantar palma camedor (jihuite) porque, pese a que es una planta endémica, hoy la vislumbran como una alternativa económica viable.

En lo que toca a las acciones colectivas, Garrafa y coautores señalan que aun con las desconfinanzas que ello genera, los pequeños productores han tomado la organización como estrategia de lucha para acceder a mejores condiciones para producir, comercializar, transformar sus productos

y concretar iniciativas de pequeños negocios; en general, para sostener un estilo de vida campesino dinámico y multifacético en el sistema agroalimentario mundial.

En los diferentes artículos, los autores destacan el esfuerzo de los productores por sostener la vitalidad de sus tradicionales formas de organización social, no tanto como simple resistencia al cambio, sino más bien como resultado de un cálculo más amplio en el que entran en juego diversos aspectos y fuerzas sociales. Lo importante es subsistir como agricultores, de manera que “cada año reinventan la diversidad de estrategias que les permitirá *continuar siendo*”.

Finalmente, Lizeth Sevilla y Alejandro Macías presentan el artículo “Los pulqueros de Zapotlán el Grande: dos familias en resistencia”. En él muestran el caso de los productores de pulque en este municipio, quienes forman parte de los que podríamos llamar muy pequeños productores.

Un primer elemento que se muestra en el texto de Sevilla y Macías es que, contra lo que se piensa, principalmente en el centro del país, el pulque ha sido una bebida con presencia en el sur de Jalisco y subsiste hasta nuestros días, principalmente en las zonas serranas. No obstante, para los pequeños pulqueros la situación es cada día más difícil porque se trata de una bebida históricamente vilipendiada, que en la actualidad no es relevante para los modelos modernistas de producción y consumo.

Por el lado de la producción, los pulqueros enfrentan la falta de interés de los agricultores por mantener la producción de maguey, e incluso el desplazamiento de las plantas que existen por parte de las emergentes agroindustrias frutícolas, que vienen creciendo con rapidez en la región.

La parte del consumo se torna más difícil, pues se trata de una bebida poco estimada por las generaciones más jóvenes, acostumbradas a otro tipo de licores como el tequila o a la cerveza. En este sentido, el mercado del pulque, por sus características, difícilmente abarca más allá de un entorno geográfico cercano a la producción agrícola, tan limitado que no incentiva el desarrollo de explotaciones dedicadas al maguey.

Ante tal estado de cosas, que amenaza la viabilidad de la actividad pulquera al grado de que no se está dando el cambio generacional entre los productores, éstos intentan rescatar su actividad, heredada por varias generaciones, a través de distintas acciones de resistencia, que van desde reivindicar el carácter alimenticio de la bebida hasta mantener los estilos de producción artesanal y escapar a las prácticas del modelo de producción hegemónico.

En resumen, los trabajos aquí presentados dan cuenta de las acciones de resistencia que día a día y en sus respectivos contextos implementan los pequeños productores. Estas acciones son las que explican cómo subsisten este tipo de actores en un entorno que parece condenarlos, para seguir siendo la parte más importante en la alimentación mundial.

Notas

- 1 Según el mismo autor, cuando el campesino invierte en la tierra como un medio para producir mercancías y obtener una ganancia económica se transforma en agricultor (*farmer*).
- 2 James Scott (1977: 231) señala: “As the growth of commerce and markets brought new insecurities and

broke the hold of local custom, the utopian vision of the peasantry increasingly anticipated a society in which, as in earlier times, 'buying and selling' would disappear. 'Buying and selling' were of course associated with all the classical effects of an expanding market economy: the growth of disparities in wealth, concentration of landownership, money lending, wage labor, and the elimination of customary economic rights. Many of these changes were seen to emanate from the city, the site of markets, speculators, lawyers, and absentee landlords”.

- 3 Vorley complementa su tipología señalando que los agricultores que se ubican en el primer mundo rural están conectados a la economía alimentaria global a través de contratos; son competitivos, han adoptado adelantos tecnológicos como los de la revolución verde o los transgénicos, y tienen excelentes relaciones con agroindustrias y minoristas en los mercados nacional y de exportación. Por su parte, los agricultores del tercer mundo son de hogares frágiles, cuyos miembros tienen acceso limitado a los recursos productivos, bajo nivel de educación y pocas o nulas competencias especializadas, lo que hace que tengan bajos salarios; se dedican a múltiples actividades tanto en las zonas rurales como en las urbanas y ocasionalmente realizan trabajo en la parcela familiar. Es decir, se trata prácticamente del sector de jornaleros pauperizados.
- 4 El Food Security Policy Group (2008) señala que las pequeñas explotaciones son responsables de la producción de más de la mitad de la oferta mundial de alimentos, mientras que el grupo Ecología Verde (2009) dice que la cifra es superior a 75 %. En el caso de América Latina, Benítez (2012: 1) señala que la agricultura familiar genera alrededor del 60 % de la producción, más del 80 % de las explotaciones y por encima del 70 % del empleo agrícola.

Bibliografía

- Altieri, L. (2008). *Small farms as a planetary ecological asset: five key reasons why we should support the revitalization of small farms in the Global South*. Oakland: Institute for Food and Development Policy. Recuperado de <http://www.foodfirst.org/en/publications/factsheets>
- Aragón, S. (2010). ¿Y quiénes son los pequeños productores? Recuperado de <http://www.cropster.org/%c2%bfy-quienes-son-los-pequenos-productores/>
- Bartra, R. (1975). La teoría del valor y la economía campesina: invitación a la lectura de Chayanov. *Comercio Exterior*, 25(4), 5-25.
- Benítez, R. (2012). Fomentar la agricultura familiar significa luchar contra el flagelo del hambre. *Boletín de Agricultura Familiar de América Latina y el Caribe*, 1, julio-septiembre, FAO.
- Grupo Ecología Verde (2009). La agricultura a pequeña escala, la solución al hambre en el mundo. Recuperado de <http://www.ecologiaverde.com/la-agricultura-a-pequena-escala-la-solucion-al-hambre-en-el-mundo/>
- Cáceres, D. (2003). El campesinado contemporáneo. En Thornton, R. y Cimadevilla, G., *La extensión rural en debate*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Carton de Grammont, H. (2008). El concepto de nueva ruralidad. En Pérez C., E., Farah Q., M. A. y De

- Grammont, H. C. (comps.), *La nueva ruralidad en América Latina. Avances teóricos y evidencias empíricas*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, CLACSO, 23-44.
- Cornelius, W. y Myhre, D. (1998). Introduction. En Cornelius, W. y Myhre, D. (eds.), *The transformation of rural Mexico*. San Diego: Center for U. S. Mexican Studies, University of California, 1-20.
- De Souza, B. (2002). *Produzir para viver. Os caminhos da produção não capitalista*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Ferrer, G. (2004). Campesinistas y descampesinistas, el debate y su influencia en los programas de intervención. *Revista de Desarrollo Rural y Cooperativismo Agrario*, 8. Recuperado de <http://cederul.unizar.es/revista/num08/11.htm>
- Friedmann, H. y McMichael, P. (1989). Agriculture and the state system. The rise and decline of national agricultures, 1870 to the present. *Sociologia Ruralis*, XXIX(2), 93-118.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (1980). x *Censo General de Población y Vivienda 1980*. México: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (1990). XI *Censo General de Población y Vivienda 1990*. Aguascalientes: INEGI.
- Instituto Nacional de Geografía e Informática (INEGI) (2010). XII *Censo General de Población y Vivienda 2010*. Aguascalientes: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (1992). *Censo Agrícola, Ganadero y Forestal 1992*. Aguascalientes: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (2008). *Censo Agrícola, Ganadero y Forestal 2007*. Aguascalientes: INEGI.
- Instituto Nacional de Geografía e Informática-Banco de Información Económico (INEGI-BIE). Recuperación de datos de <http://www.inegi.org.mx/sistemas/bie/>
- Martínez, T. (1991). Agricultura y Estado en México. Siglo XX. En Rojas, T. (coord.), *La agricultura en tierras mexicanas desde sus orígenes hasta nuestros días*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Grijalbo, 301-402.
- McMichael, P. (1994). *The global restructuring of agri-food system*. Ithaca: Cornell University Press.
- Otero, G. (2004). *¿Adiós al campesinado? Democracia y formación política de las clases en México rural*. México: Porrúa, Universidad Autónoma de Zacatecas, Simon Fraser University.
- Popkin, S. (1979). *The rational peasant*. Los Angeles: University of California Press.
- Roberts, P. (2009). *El hambre que viene. La crisis alimentaria y sus consecuencias*. Barcelona: Ediciones B.
- Rubio, B. (2008). La agricultura latinoamericana frente a la reestructuración mundial del siglo XXI. En Sefoó, J. L. (ed.), *Desde los colores del maíz. Una agenda para el campo mexicano*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 29-56.
- Salinas de Gortari, C. (2000). *México. Un paso difícil a la modernidad*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Scott, J. (1977). Protest and profanation: agrarian revolt and the little tradition (Part II). *Theory and Society*, 4, 211-246.
- Redfield, R. (1956). *The little community*. Chicago: University of Chicago Press. Recuperado de <http://www.answers.com/topic/redfield-robert#ixzz2IjHa2Sjj>
- Téllez, L. (1991). Presentation to the Executive Policy Seminar on Agriculture in a North American Free

- Trade Agreement. Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, May.
- The Food Security Policy Group (2008). Pathways to resilience: smallholder farmers and the future of agriculture. Discussion paper, November.
- Tsakoumagkos, P. (2008). *Estudio sobre los pequeños productores agropecuarios y el desarrollo rural en la Argentina*. Buenos Aires: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.
- Vorley, B. (2002). *Sustaining agriculture: policy, governance, and the future of family-based farming*. London: International Institute for Environment and Development.
- Warman, A. (1985). *Ensayos sobre el campesinado en México*. México: Nueva Imagen.
- Yúnez-Naude, A. y Rojas, L. G. (2002). Los pequeños productores rurales: efecto de las políticas agrícolas. En Calva, J. L. (comp.), *Política económica para el desarrollo sostenido con equidad: agenda 2000-2006* (vol. II). México: Universidad Nacional Autónoma de México, Juan Pablos, 207-225.